



EL BAUTISMO.

EL primero de los sacramentos en el orden del catecismo y de la vida, es la puerta de la Iglesia y del cielo.

Es por esta puerta santa, que entra el cristiano en el mundo. Esta frágil criatura que ha lanzado su primer grito de dolor al salir del seno materno, y que va á ser presentada al sacerdote de Jesucristo, está todavía envuelto en la maldición comun á todos los hijos de Adán: los padres, los amigos, los parientes, las hermanas del recién nacido llegan con alegría á la Iglesia, adornados con sus trajes de gala, mientras que el niño que llevan á las fuentes bautismales, está sujeto aún á la dura esclavitud del demonio: ¿de dónde nace la alegría de todos?

¡Ah! Es porque ellos saben, que el agua regeneradora que en aquel instante va á caer sobre la cabeza de aquel pequeño sér, que todavía no tiene mas que algunas horas de existencia, obrará repentinamente un milagro misericordioso: el hijo de las tinieblas va á convertirse de golpe en hijo de la luz.

La ley de gracia, sellada con la sangre del Cordero, produce este súbito cambio. Por la efusion de las aguas saludables, el vasallo de Satanás se libra del yugo infernal, y se convierte en hijo de la Iglesia y heredero del cielo.

Consagrado en el nombre de la Santísima Trinidad, el niño cristiano tiene á Dios por padre, á la Iglesia por madre, y á Jesucristo por hermano y redentor.

La idea de esta grande y milagrosa redencion, es la que hace del sacramento del bautismo una solemnidad de religiosa alegría... alegría que llega para cada familia, y que casi todos nosotros hemos sentido. Dios nos la debe seguramente; porque en la vida no siempre entramos en la Iglesia para llorar de alegría. El sacramento del bautismo abre la puer-



EL ESPECTADOR DE MEXICO.

A. Heimbauer lo grabó en México

EL BAUTISMO.

Rafael y Vilá, editores.

ta de entrada; otro sacramento abre la de salida: puerta que se encortina de luto, y por la cual á nuestro turno veremos llegar á nuestro padre, nuestra madre, y todo cuanto nos es mas querido.

¿Empero; por qué me asaltan estos pensamientos de muerte, cuando quiero pintar todas las alegrías del bautismo? ¡Ah! es que la vida del hombre es tan corta, que á un solo golpe de vista se abrasa toda su estension, y se percibe á la vez su principio y su fin. . . . y porque recordamos con pesar, muchos niños que hemos visto volver de la piscina bautismal al lecho de la recién parida. ¡Nos acordamos de las bendiciones de los viejos padres de la joven madre, y mil otros votos de felicidad, cayendo como un dulce rocío sobre el niño bautizado. . . .! ¿Todos estos votos, todos estos deseos han sido escuchados? ¿todas estas bendiciones de la madre y del padre, han sido ratificadas por Dios? A estos niños se les ha descado largos y felices años; y ¡hé aquí que el anciano que ha visto correr el agua del bautismo sobre sus frentes, ha sido condenado también á verlos en sus ataúdes forrados de blanco, tendidos, con su corona de siempre vivas, en la capilla de la Reina de los Angeles!

Ellos debian ver la partida del hombre cargado de años; ¡y es este, por el contrario, el que llora á la partida de ellos! Esa piscina de piedra colocada en la capilla de las fuentes, enfrente de un cuadro que representa el bautismo del Hijo de Dios en las aguas del Jordán, por Juan el Precursor, es como el primer lindero del camino bueno ó malo que se estiende ante el hombre que acaba de nacer. . . . es seguramente por esto que á todos se nos lleva allá, para recordarnos que nos ausentamos por primera vez del lado de nuestra madre (1): es para venir allí, que la *niñera* ó la *nodriza* nos ha levantado de nuestra cuna, con todos los encajes de que el orgullo maternal nos ha dejado cubiertos. . . . es para venir allí para lo que se ponen nuestros padrinos sus trajes de gala.

Para que su hijo sea llevado *allí*, es por lo que la madre indigente se quita de encima uno de los andrajos que la cubrian sobre el poco de paja que ha tenido por lecho para parir. . . . y toda miserable, toda desfallecida, sonrío sin embargo, viendo que su recién nacido va á ser cristiano. . . . y dice á su vecino y á la vecina, que han querido ser padrinos de su hijo: Llevadlo, volvedme la vida mia, que yo lo calentaré en mi seno; y despues, durante la ausencia de su hijo, mientras dura la ceremonia, ruega á Dios y á la Madre de Jesus, para que dé á su hijo mas felicidad que á ella.

Como si todos los hombres debieran tener cada uno su parte de felicidad, así gozan todos mas ó menos alegría en un bautismo: ¿son las ma-

(1) Cuadro poético de las fiestas cristianas]

dres las que inventan allí la alegría. . . ? ¿tienen por ventura razon. . . ? En verdad, no lo sé. Porque, en fin, ¿de estas fuentes bautismales, de estos puntos de partida, aprenden todos á marchar para ir cerca de las regiones felices. . . ?

¡Hé aquí, pequeños ángeles de la tierra, que empapados aún en el agua de su bautismo, han querido emprender su vuelo hasta el cielo, y el soplo de la muerte los arrebató á sus madres, como las flores todavía húmedas con el rocío de la mañana!

Y aquellos que estaban destinados á crecer, á envejecer, ¿será que han encontrado la felicidad entre la piedra de la santa piscina y la piedra de la tumba. . . ? ¿No habrá entre ellos algunos que exclamen: “Maldita sea la noche en que fuí concebido: maldito sea el día en que nací: por qué se ha dado la vida á aquel que sufre las amarguras del corazón. . . (1) ?”

Que el niño que acaba de venir al mundo sea hijo de rey ó emperador; que su madre lo haya parido sobre un lecho de púrpura ó de oro; que este recién nacido esté destinado á ceñir un día la corona; que sea conducido á la Iglesia en una carroza triunfal, escoltado con soldados y los grandes dignatarios de la corte de su padre; el recién nacido y su brillante cortejo serán obligados á detenerse á la puerta de la antigua y suntuosa catedral, como el hijo del pobre artesano en la de la humilde iglesia de una aldea. Allí comienza la igualdad ante Dios: el hijo del monarca bajo sus largos bordados enriquecidos de encajes, como el hijo del mendigo cubierto de andrajos, agujereados y desgarrados, llevan la misma mancha, y se sujetan á las mismas humillaciones, al propio ceremonial.

Pero antes de entrar en los detalles de las ceremonias bautismales, que copiaremos del ritual *hecho para todos*, así los grandes como los pequeños; para los pobres como para los ricos; estableceremos el origen todo divino del primero de los sacramentos. Los hijos del Evangelio deben conocer la nobleza, la santidad del título de CRISTIANO.

Cierto día, un hombre quiso encontrar á Jesus. La alta posición que ocupaba en medio de sus compatriotas no le satisfacía, y vagos deseos agitaban incesantemente su alma (2). Sus largos estudios de la ley y los profetas le habían enseñado, que aun no estaba pronunciada la última palabra sobre el género humano. La sociedad, en que había visto declinar-se gran parte de su vida, se disolvía; le parecía que el mundo bamboleaba como un hombre embriagado. Los desórdenes, los vicios, se multi-

(1) Job.

(2) Este hombre fué Nicodemo, príncipe de los judíos. San Juan, III. 1, 2.—N. del t.

plicaban, se estendian, elevándose como el mar ajitado por la tempestad, y cuyas olas no logra detener poder alguno humano.

Jesus comenzaba entonces sus lecciones evangélicas, llevando y haciendo el bien por todo Israel. Jamas hombre alguno había hablado como él; jamas profeta alguno había obrado milagros semejantes á los suyos; jamas, en fin, ministro alguno de la ley había ofrecido un modelo tan perfecto de todas las virtudes, ni se había apoderado tan eficazmente de los corazones de la multitud.

¿No se descubre en él al fundador de esta sociedad, desde tanto tiempo esperada por todo el pueblo, y de que el universo entero prueba la necesidad? El docto judío va á encontrar á Jesus, y se entabla entre ellos el siguiente diálogo, grande para el porvenir del mundo.

—Maestro, le dijo el judío, nosotros sabemos que tú eres un doctor venido de parte de Dios: porque no es dado á hombre alguno hacer los milagros que tú haces, si Dios no está con él.

—En verdad, en verdad os digo, respondió Jesus, que ninguno podrá tener parte en el reino de Dios, si no renace de nuevo.

—¿Cómo un hombre que ya ha llegado á viejo, puede nacer todavía? ¿Entrará por segunda vez en el seno materno para nacer de nuevo?

—En verdad, en verdad os digo, que si un hombre no renace en agua y en Espíritu Santo, no puede entrar en el reino del cielo. El que es nacido de la carne, carne es; el que es nacido del espíritu, espíritu es.

No os maravilleis porque os digo: es necesario nacer otra vez.

El espíritu sopla donde quiere; y ois su voz, mas no sabéis de donde viene ni adonde va: así es todo aquel que ha nacido de espíritu.

—¿Cómo puede esto hacerse? dijo entonces el judío mas admirado.

Y Jesus le respondió: ¿Qué, tú eres maestro en Israel, y esto ignoras?

“En verdad, en verdad os digo, que nosotros no decimos sino lo que sabemos, y no damos testimonio sino de lo que hemos visto; y vosotros no recibis nuestro testimonio. Si no me creéis cuando os hablo de cosas terrenas, ¿cómo creéis cuando os hable de las cosas del cielo? Porque ninguno subió al cielo, sino aquel que descendió del cielo; el Hijo del hombre que está en el cielo.

“Y como Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente; así tambien es necesario que sea levantado en alto el Hijo del hombre, para que todo aquel que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que le dió su Hijo único, para que todo aquel que crea en él no perezca sino que tenga la vida eterna.

“ Porque Dios no ha enviado su Hijo al mundo para que el mundo sea condenado, sino para que el mundo sea salvado por él (1).”

Se ve en todo este discurso que habla la Divinidad. Solo el Hijo predilecto del Eterno puede fijar las condiciones y modos con los cuales adquiere el hombre en lo sucesivo el supremo bien, y tiene á un solo Dios que puede colocar como principio de salud. Aquel que cree en él no perecerá jamás: ¿y cuál es la base de esta confianza? La ignominia de la cruz. “ Y como Moisés en el desierto elevó en alto la serpiente, del mismo modo, el Hijo del hombre será elevado en alto sobre el Gólgota.” Allí es donde todo viene á parar. El bautismo no puede borrar la mancha del pecado original, sino porque la gracia del sacramento se destila del pié de la cruz, manantial de misericordia y de salud.

Leyendo estas primeras revelaciones de Cristo á la tierra, se olvida al judío que habia venido á instruirse, y en su lugar se encuentra, se escucha al maestro que enseña: ninguna de sus palabras es inútil, todas penetran en el alma para germinar en ella; esto es en efecto, porque esas palabras de vida no van dirigidas á un solo hombre, sino que han salido de la boca de Dios, para trasmitirse á todas las generaciones que sucederán hasta el fin de los tiempos.

En este discurso se encuentra el plan de la nueva sociedad, que el divino Legislador va á formar. Para entrar en ella, es preciso creer en él; pero esto no será bastante: *él hará renacer del agua y del Espíritu Santo.*

Sin la fé, sin el bautismo, no debe esperarse salud alguna. *Aquel que creyese y fuese bautizado, será salvado: aquel que no crea, será condenado.*

El bautismo es, pues, un medio de regeneracion adoptado por el género humano. En vano se procurará de otra manera entrar en la sociedad establecida por el Salvador del mundo; ninguno puede tener parte en el reino del cielo, si no renace de agua y de Espíritu Santo.

La humildad es tan indispensable al bien espiritual de los hombres, que el Hijo inmaculado del Eterno ha querido inclinar su divina frente bajo la mano de Juan el Precursor para recibir el bautismo de penitencia. El, el Santo de los santos; él, fuente de toda pureza, ha querido descender á las mismas aguas del Jordán, donde los judíos llegaban á la voz de los hijos de Isabel y Zacarías para lavar sus manchas.

Y cuando se verificó este acto sublime de humildad, el bautismo de Jesus, esa inclinacion augusta de la segunda persona de la Santísima Trinidad, fué tan agradable al Señor, soberano dueño de los ángeles y de los hombres, que el cielo se entreabrió, descendió el Espíritu Santo, y ba-

(1) San Juan, III, á 17.—N. del t.

jo la forma de una paloma, vino á colocarse sobre la cabeza del Redentor, mientras que la voz misma de Dios proclama á los cielos y á la tierra, que “ *aquel es su Hijo muy amado, en quien se ha complacido* (1).”

Esta brillante manifestacion de tres personas divinas en el bautismo de Jesus, nos revela la importancia y la grandeza del primero de nuestros sacramentos, de que no era mas que una figura el bautismo de San Juan.

El bautismo cristiano, es la puerta del gran edificio elevado por el Redentor; el sello de la adopcion de los hijos de Dios; el título que confiere el derecho al cielo, al hombre condenado á regar la tierra con sus sudores; el lazo que une este sér débil, con el Dios de fortaleza; al que está espirando, con el autor de la vida; al que sufre amarguras en su corazón, con el monarca de los cielos, de quien emanan todas las mas puras alegrías.

Hé aquí todavía otro pasaje del Evangelio, que establece de una manera precisa y positiva, el origen, la divinidad, y la necesidad del bautismo

“ En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: *Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre del Hijo, y del Espíritu Santo; y enseñándolos á observar todas las cosas que os he mandado: y os aseguro que siempre soy el mismo y estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos* (2).”

CEREMONIAL DEL BAUTISMO.

LA campana de la parroquia anuncia con sus gozosos repiques la llegada de una familia, trayendo á las fuentes bautismales un niño que acaba de nacer: el cura está revestido con sobrepelliz y cuelga en su cuello la estola violada. Acompañado de un clérigo y un acólito, que llevan en la mano un cirio encendido, va delante del recién nacido, hasta el umbral de la casa de Dios; porque el recién nacido no se introduce inmediatamente en la iglesia. La iglesia es el lugar de reunion de los siervos de Jesucristo, y los miembros solos de la familia tienen derecho para permanecer allí. El bautismo otorga este derecho, y solo has-

(1) San Mateo, III, 17.—N. del t.

(2) San Mateo, XXVIII, 18, 19, 20.—N. del t.